

## Academias: los equívocos del comparatismo en el mundo (hispanico)<sup>1</sup>

Por Nora Catelli<sup>2</sup>

### Primer episodio: intervención directa

El comparatismo ha sido siempre un malentendido y, en parte, nosotros somos los objetos del malentendido: carece de campos, de géneros y métodos propios. Reposa en el registro acumulativo de huellas yuxtapuestas, entre el azar de las almas bellas y la labor académica y editorial moderna. Se originó en muy celebradas frases –las observaciones de Goethe a Eckermann–, se consolidó en Francia a partir de la afirmación imperial de la superioridad cultural francesa, fue instrumento de las guerras civiles europeas desde 1870 –Alsacia, Lorena–, hasta la guerra del 14-18, sobre todo entre Francia y Alemania. Agotadas las potencias, se gremializó más tarde y durante quince años vivió en las universidades, las correspondencias y la investigación de la gran filología, de un lado y otro del Atlántico, desde Europa a la Argentina o Estados Unidos. Se desgarró entre 1933 y 1955; quizá no sea casual que esos años permitiesen una mayor aspiración a ser visibles por parte de algunos historiadores de la literatura, críticos y filólogos nuestros. A mi juicio, las extraordinarias pugnas o intentos de discusión –parcialmente abortados– de María Rosa Lida con Ernst Robert Curtius y Robert Highet a propósito de *Literatura europea y Edad Media latina*, del primero, y *La tradición clásica*, del segundo, muestran que incluso dentro de la esfera de la más alta filología el comparatismo es asimétrico. Lida logró, incluso, publicar en las lenguas y

---

<sup>1</sup> Una primera versión de este trabajo fue leída como ponencia en el Encuentro organizado por el Department of Comparative Literature, (Harvard University), *Frictions of World Literature: Taste, Value, and the Academy in Spanish and Latin American Literatures and Contexts*, en mayo de 2015. Se trata de reflexiones dentro de una serie de estudios cuyo título general será *Equívocos del comparatismo*. Todos ellos parten de la experiencia de la asimetría: esforzados cosmopolitas (es decir, lectores naturalmente habituados a no justificar nacionalmente nuestros dobles o triples usos literarios y teóricos) los latinoamericanos estamos también habituados a pensar en dos o tres mundos a la vez y a intervenir sobre el nuestro, el específico, de nuestras lenguas y de sus jerarquías, atrayendo hacia él los términos del otro, el universal.

<sup>2</sup> Es Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Rosario y Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona. Dicta clases de Historia del Libro y la Lectura, Teoría del Lenguaje Literario y Literaturas Comparadas en la Universidad de Barcelona. Es miembro del Workshop del Archive Centre de Nueva York. Entre sus publicaciones, se destacan: *El espacio autobiográfico* (1991), *Testimonios tangibles* (2001, premio Anagrama de ensayo), *Teoría literaria y literatura comparada* (2005), *La era de la intimidad* (2007) y *Ensayos desde ultratumba* (2007).

revistas adecuadas de la primerísima línea de la filología románica para que Curtius y Highet la leyeran, pero no hay registro de esas lecturas, salvo algún cortés acuse de recibo de Curtius a Lida, que ya residía en Estados Unidos. He sostenido en otra parte que la primera actuación de Lida –quizás la más notable por el esfuerzo y el recorrido– es el trabajo, que posee la extensión y unidad de un libro unitario, sobre el ya mencionado libro de Curtius. Lida lo tituló “Perduración de la literatura antigua en Occidente (A propósito de Ernst Robert Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*)” y apareció en Berkeley en *Romance Philology* (1951/1952). La segunda, “La tradición clásica en España” es la que dedicó a *La tradición clásica. Las influencias griegas y romanas en la tradición occidental* (1949) de Gilbert Highet. La reseña apareció en México en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* (1951).

Los formatos que Lida desplegó en esas polémicas sufrirían ahora el mismo destino; no más que un acuse de recibo. Baste pensar en los trabajos de Ignacio Sánchez Pardo o de María Teresa Gramuglio que interpelan los discursos de los principales estrategias actuales de la literatura mundial o de los debates en torno de la World Literature. La única excepción que conozco a esta –nuestra– invisibilidad es el proyecto de Franco Moretti, a partir de 2001, en la época en que articuló los volúmenes colectivos sobre la novela, en los que incluyó un abanico de autores de todas las nacionalidades y continentes que abarcaba, por ejemplo, a Beatriz Sarlo, a quien no confinó a las esferas hispánicas.

### **Segundo episodio: el comparatismo como respiración**

Hacia 1958 el comparatismo parecía fosilizarse, al menos donde se practicaba con conciencia de hacerlo: parte de Europa y de Estados Unidos. Porque hubo otro comparatismo inadvertido y que es casi como la respiración de la lectura: se desarrolló en otras latitudes, las nuestras, y no formó un corpus académico. El que ha pasado a la historia de la disciplina es únicamente el primero, el fósil visible de 1958. Quien decretó su estado pétreo, con un pie en las políticas culturales de la guerra fría y otro en el inicio del choque entre teoría e historia literaria, fue René Wellek, hombre de todas las estaciones, checo, europeo, norteamericano, en una conferencia hoy celeberrima, “La crisis de la literatura comparada”, en la que quiso sacudir los protocolos de esta actividad

inespecífica. Aquí, en la recepción entonces disímil de esa conferencia, que hoy se considera universal, nos encontramos con uno de los ejemplos de miopías de los grandes relatos universales: creer que hay una sola localización y una sola cronología lógica en la marcha de la cultura.

Esa intervención de Welleck, en la actualidad evocada abundantemente, no tuvo eco en las universidades argentinas durante décadas, las décadas del predominio del estructuralismo y sus bases epistemológicas, que en nuestro país se produjo entre 1965 y 1970 masivamente. Ese Wellek no consiguió resonancia en nuestras universidades no porque nuestras universidades hubieran seguido el mismo proceso de fosilización del comparatismo y necesitasen a Welleck, sino, al contrario, porque nuestras universidades de letras eran en esos años naturalmente comparatistas: comparábamos como quien respira. Las razones de esta diferencia no son biológicas sino institucionales: al revés de lo que sucedía en las latitudes en las que pensaba Welleck, no teníamos estructura departamental por lenguas o tradiciones, y la enseñanza se apoyaba en una idea de continuidad entre lo europeo y lo americano completamente indiscutible, hasta, al menos, principios de los sesenta. Debemos recordar que el único punto de fricción era, dentro de la universidad, el de las lenguas indígenas (que encontraban su arraigo universitario en la surgiente antropología; sólo se hicieron visibles dentro del corpus de la cultura alta en 1972, en *América Latina en su Literatura*, el volumen de la UNESCO coordinado por César Fernández Moreno). ¿Fue ese comparatismo neumático deficiente o sólo sucedió que su localización y sus fechas, sin posibilidades de visibilidad exterior, lo convirtió en algo olvidable?

*Tercer episodio. Los fantasmas de la traducción.* De hecho, en la medida en que carece de supuestos propios, cuando se aspira a poner en marcha una perspectiva comparatista se sigue haciendo alguna forma de historia literaria. En la historia opera el principio de selección por sobre el de combinación; por tanto opera el valor. Y una de las maneras más sinuosas y difíciles de juzgar el valor en la circulación de las ideas es la traducción, actividad universal y permanente pero significativamente más abundante entre nosotros los cosmopolitas que en los centrales.

Por eso los equívocos del comparatismo se hacen tangibles, visibles, legibles y practicables –actividades paralelas pero distintas todas ellas- en las

escenas y en los ritmos de la traducción. Precisamente: en las escenas no hay sólo una duplicación que es y no es el original, sino que hay actores, lectores, transmisores insertos en la institución universitaria y en sus diversas ramificaciones. Y, también, en la historia latinoamericana, se dieron, durante mucho tiempo, movimientos de renovación académica promovidos desde fuera de nuestras universidades, sometidas a discontinuidades políticas por todos conocidas.

### **La traducción fantasmal de la teoría**

En este aspecto interesan los mecanismos concretos, personales y materiales que hicieron posible la irrupción de la teoría literaria: viajes, traducciones, lecturas exógenas, venidas de terrenos inesperados: la antropología, el psicoanálisis, la lingüística. Me referiré, como ejemplo de lo fantasmal de nuestras tradiciones latinoamericanas, a un encuentro legendario, el que tuvo lugar en Baltimore en 1966, que se reunió en 1970 en el reputado volumen de Richard Macksey y Eugenio Donato cuyo título fue *The Structuralist Controversy- The Languages of Criticism & the Sciences of Man*, y cuyos sorprendentes destinos lingüísticos –la inmediata y única traducción al castellano del reputado volumen original– revelan los ritmos y acuciantes necesidades y pulsiones cosmopolitas de una comunidad de pensamiento: la del mundo hispano, que incluyó a España en aquel momento. De este encuentro hubo un volumen unitario en inglés con tres ediciones. Las dos primeras fueron casi inmediatas. La última fue de homenaje (*40th Anniversary Edition*). En cambio nunca hubo traducción unitaria al francés, a pesar de que entre los autores estaban los más relevantes de los intelectuales del pensamiento francés de la época. Al contrario, casi inmediatamente, se tradujo al castellano, en Barral editores, dos años después de la aparición de la primera edición en inglés, lo que supuso una también instantánea circulación transoceánica: quien esto escribe compró el volumen en Rosario el mismo año de la traducción, 1972. ¿Cómo reconstruir quiénes eran los informantes de Carlos Barral en esos años, cuando ya no era el editor poderoso de Seix Barral, de la que había sido despedido, sino que acababa de fundar Barral editores, que se hundió cuatro o cinco años más tarde? En aquel lapso Barral, que tenía la virtud de rodearse de grandes lectores, hizo circular, en una

colección titulada “Breve Biblioteca de Reforma”, entre 1969 y 1975, a Gilles Deleuze, Jacques Lacan, M.H. Abrams, Furio Jesi o Marcel Mauss.

No se es cosmopolita de una sola manera: hay cosmopolitas melancólicos y los hay eufóricos. Los primeros lamentan vivir una existencia cultural doble o triple. Diría que Carlos Barral y sus informadores fueron melancólicos: es difícil salir de la melancolía cuando se ha sido un imperio, el imperio se ha evaporado lentamente y se vive en una sociedad cerrada bajo un régimen prolongado de terror. En cambio, los receptores casi inmediatos del libro en América Latina éramos cosmopolitas eufóricos. No todos los europeos son melancólicos. Muchas sociedades de Europa –la húngara, la polaca y, en parte, la italiana– pertenecen a la armada de los eufóricos; no los españoles, agobiados por el recuerdo del poder planetario perdido y su presente claustrófico.

El libro nos perteneció desde el principio. Estábamos allí, visitantes fantasmales de las páginas de la versión castellana, en 1972, con su notoria inversión del título: *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre-Controversia estructuralista*, traducido por José Manuel Llorca. En 1966 no habíamos estado, físicamente, en Baltimore. Todos lo recordarán: ese año, entre el 18 y el 21 de octubre, bajo el auspicio de la Universidad Johns Hopkins, se reunieron, convocados por Claude Lévi-Strauss, que no asistió; con la promesa de la asistencia de Roman Jakobson, que tampoco lo hizo; y organizados por Eugenio Donato y Richard Macksey, los principales representantes franceses del estructuralismo o de sus disidencias, coronados por un joven Jacques Derrida cuya última conferencia liquidó, se supone, aquel estructuralismo del convocante Lévi-Strauss. Entre los jóvenes asistentes estaban John Hillis Miller, Edward Said, y también, como veremos más adelante, Paul de Man, quien entonces era un protegido de Georges Poulet.

La serie de conferencias es reveladora: un no estructuralista, René Girard, el gran teórico francés de la teoría del chivo emisario, sobre la crítica; el propio Richard Macksey sobre la herencia de Charles Peirce, aquel inesperado (por los franceses) fundador de la semiótica, en las distintas disciplinas duras o humanísticas; Charles Morazé, un matemático, sobre la invención literaria dentro de los diversos estilos de invención en las disciplinas duras y blandas; el belga Georges Poulet, crítico de la conciencia, especialista en Proust de raíz

bergsoniana, trasladado a Zurich y mentor de Paul de Man; Eugenio Donato, nacido en Chipre, especialista en literatura francesa, quien fue el primero en poner en el centro del debate dos nombres cruciales. Su conferencia empezaba así: “Las obras de Lévi-Strauss y de Lacan han reemplazado las de Sartre y Merleau-Ponty” (MERKSEY Y DONATO, 1972: 40). Destronó lo que se consideraba la gran tradición francesa y en la quinta conferencia introdujo una división de aguas; por eso su texto se titula “Los dos lenguajes de la crítica”. El primero aspiraría a la unidad, a la armonía, al contacto entre conciencia del creador y conciencia del crítico. El segundo vendría a romper esa aspiración a la unidad. Donato pone junto a Lévi-Strauss, eje del sistema, el huevo de la serpiente: el recién llegado Jacques Derrida, que unos meses antes había publicado en la revista *Critique* el capítulo inaugural del libro que aparecería como *De la gramatología* en 1967.

A él –a Donato, que cumplió la función de un auténtico provocador, animador de aquello que los había reunido– lo siguieron Lucien Goldmann, especialista en literatura francesa y difusor de la idea de estructuralismo genético –poco después anulado por el estructuralismo *tout court*–, además de Tzvetan Todorov, Roland Barthes, Jean Hyppolite, uno de los grandes maestros de los hegelianos franceses junto con Alexandre Kojève. Y Jacques Lacan, que no necesita presentación aunque exija, siempre, lectura cuidadosa y atenta; Guy Rosolato, psicoanalista francés nacido en Estambul; Neville Dyson Hudson, antropólogo; Jean-Pierre Vernant, el gran helenista; y el lingüista francés Nicolas Ruwet.

Y nosotros, ¿dónde estábamos? No estábamos; estuvimos cuando el libro se tradujo, porque, como he advertido, fue la única lengua a la que se tradujo. De los textos allí reunidos se puede seguir el rastro, a veces trabajosamente, en la obra posterior de los distintos participantes. Salvo en Jacques Lacan, porque el texto de Lacan, famosamente conocido como “Discurso de Baltimore”, tiene una vida propia en la red, en la infatigable galaxia lacaniana.

¿Por qué entre nosotros fue inmediato y de resonancia tan extraordinaria ese libro? ¿Fue un caso único en aquellos años? Hay una constelación de traducciones que muestra que no lo fue: *Antropología estructural* (1958) de Claude Lévi-Strauss se tradujo al castellano (Eudeba) en

1961; al inglés en 1963. *El grado cero de la escritura* (1953) de Roland Barthes apareció en inglés en 1967 y en castellano (en la editorial Jorge Álvarez) en el mismo 1967. *Antología de los formalistas rusos* (1970) de Tzvetan Todorov se tradujo en 1975 en castellano (Siglo XXI). *Los caminos actuales de la crítica* (1967) de Georges Poulet apareció en castellano (Planeta) en 1969. No es la editorial Planeta de hoy: por aquellos años tenía un editor muy culto, Jordi Estrada, el mismo que publicó en otra colección, en 1974, *El limonero real* y, en 1976, *La Mayor*, ambas de Juan José Saer. “Estructura, signo y juego en las ciencias humanas” el texto de Derrida, se publicó en 1970 en *The Structuralist Controversy* y en castellano, en 1972, en el volumen de Barral. Aquí aparece el desajuste cronológico de la historia del pensamiento: en nuestro ámbito, la conferencia había sido precedida, en 1971, por *De la gramatología* (1967), vertida por Oscar del Barco, en la editorial siglo XXI de México. Por eso, para los lectores argentinos de *De la gramatología* la presencia de Derrida en el volumen de Macksey y Donato era consecuencia del libro anterior, mientras que, al revés, para los norteamericanos la revelación derrideana se produjo en Baltimore, porque la traducción de Gayatri Spivak de *De la gramatología* es posterior: 1976. Y, por fin, *El Antiedipo* de 1972 de Gilles Deleuze se tradujo de inmediato, en 1973, en la misma Biblioteca de Reforma de Barral Editores que alojó el Coloquio de Baltimore. Si nos detuviésemos en los desajustes y tardanzas de lectura norteamericanos de otros autores (Franz Fanon, Michel Foucault o Louis Althusser), encontraríamos más ejemplos de cómo se armaron, a veces con diferencias de décadas, los aparatos de pensar en nuestras disciplinas.

¿Quiénes somos nosotros, qué fue en aquel momento el mundo hispánico? Somos nosotros pero no somos sólo nosotros: lo somos en parte, y muchas veces esas partes son beligerantes. El término “hispánico” causa problemas de inclusión e exclusión. Dejaré de lado los más obvios, los más previsibles, y me referiré en cambio a un rasgo que nos une: no es la lengua, ni las tradiciones culturales compartidas. El rasgo que nos une es que somos periféricos, unos americanos y otros europeos, pero ambos periféricos: nuestra relación con la teoría y con los centros occidentales del pensamiento es la de los periféricos. Sólo que lo somos de distintas maneras. ¿A qué y desde cuándo? Sabemos que es así aunque sea difícil contestarlo. No es necesario

deprimirse por eso: como dice Jacques Lacan en *Encore*, hablando de la mujer, que es no-toda: se puede vivir muy bien y pensar muy bien siendo no-todo. No somos periféricos de la misma manera. Ser periférico es constitutivo de nuestros estados latinoamericanos; en cambio la península se convirtió en periferia, desde finales del siglo XVIII, después de haber sido central en Europa y en el mundo. Nuestros estados, con matices, concebían su construcción como un rechazo de España, y por ello nuestra periferia es triangular: para desprenderse de España nuestros padres fundadores enlazaron nuestros destinos culturales a los grandes imperios modernos: sobre todo, Francia e Inglaterra.

Somos periféricos, convengamos en ello. Podrían decir ustedes: ¿cuál es la prueba? Es contundente: son las bibliografías, los índices onomásticos, las citas: no nos encontraremos, o nos encontraremos muy poco. Nosotros los traducimos; ellos no. O nos traducen muy poco. Se pueden aducir excepciones: José Ortega y Gasset es una, ya que algunas de sus obras, tempranamente traducidas, llegan, creo, hasta el aparato de citas de Susan Sontag.

### **Tipos de periféricos**

No existe, como he dicho, un solo modo de ser periférico. Hablé antes de melancólicos y eufóricos; podría dividirlos también entre inclusivos y partitivos. Un ejemplo: dentro del encuentro de Baltimore hay un diálogo entre Roland Barthes y un joven –joven pero no inocente Paul de Man– que nos muestra otro tipo de relación –la partitiva- entre el delicadamente central Roland Barthes y el soterradamente cosmopolita Paul de Man. Y nos permite redefinir, a partir de esa relación, nuestras propias relaciones –que yo llamaría inclusivas– con Barthes.

Barthes pronunció allí una conferencia, “Escribir, ¿un verbo intransitivo?”, y que mucho más tarde él revisó, como observa Beatriz Sarlo en sus ediciones en castellano de sus últimos seminarios. Tras la conferencia se suscitó una discusión, que en la edición está reseñada como “Discusión entre Barthes y Todorov”. No se menciona a Paul de Man en el título, porque nadie consideraba entonces que en esa discusión fuese importante ningún otro que no fuese Todorov, a pesar de que entre los que discutieron con Barthes se



contaban Georges Poulet, Jan Kott, el extraordinario especialista polaco en teatro en Shakespeare, Jean Hyppolite, Lucien Goldmann, Richard Macksey, Jean Pierre Vernant, Richard Schechner. No se los menciona en el título; menos aún al entonces casi invisible Paul de Man. De Man tenía por entonces unos cuarenta y cinco años, estaba todavía en la órbita de Georges Poulet, había ocultado su pasado y casi nunca hablaba de su propia lengua familiar, sustituida por el alemán de la educación y el francés del país bilingüe. Había llegado a Estados Unidos en 1945 y era, por su pertenencia a la élite flamenca, radicalmente conservador y antisemita. Al llegar a Estados Unidos había reemplazado esa élite vergonzante por una posición inespecíficamente no nacional. Cuando Paul de Man hablaba de su lengua materna, hasta el final de su vida, hablaba del alemán. Velaba su nación, intrínsecamente periférica del orbe francés y alemán; por tanto, su territorio natural era el del cosmopolita, es decir, todos o al menos varios; si hubiese sido alemán su posición intelectual hubiese sido completamente distinta. Ante el Roland Barthes del sujeto evanescente de “Escribir, ¿un verbo intransitivo?”, Paul de Man objeta primero que el sujeto de la fenomenología –el sujeto de la conciencia de su protector Poulet– no se puede abandonar en aras del psicoanálisis y la antropología. Y, en segundo término, le comenta acremente a Barthes que habla de la historia literaria pero piensa sólo en una mitología típicamente francesa. Le dice De Man: usted se equivoca cuando piensa que el romanticismo, y hasta el simbolismo, fueron, sobre todo, claudicaciones ante el imaginario de un sujeto pleno, y que tuvo que llegar Mallarmé para destruir esa ilusión. Usted deforma la historia literaria –suponemos que se refiere a la alemana y la inglesa- porque “usted necesita un mito de progreso histórico para justificar un método que no es mejor en sus resultados que cualquier versión de la estilística” (MERKSEY Y DONATO, 1972: 125). Barthes le contesta de manera cortante: “cuando me enfrento con algo que pasó hace cincuenta años, para mí ya tiene dimensiones míticas; el romanticismo incluye todo lo que se ha dicho del romanticismo” (MERKSEY Y DONATO, 1972: 129).

Quise detenerme en esta escena no para discutir la cuestión hoy acuciante de las diversas interpretaciones del romanticismo y el simbolismo en la modernidad, sino porque muestra una posibilidad para nosotros, hasta ahora impensable: refutar a Barthes.

Los usos argentinos de Barthes, que son también escenas de traducción, no lo refutan, lo activan y lo extienden: son inclusivos y sirven para discutir sobre lo nacional, lo popular, la lengua, la tradición narrativa, la mirada y hasta la esencia de la literatura cuando la idea misma de esencia tiende a desvanecerse. Hay un Barthes de Beatriz Sarlo, que lo sigue y lo proyecta hacia su propia escritura. Hay Barthes blanchotianos, como el de Alberto Giordano, que lo lee para permanecer dentro de los límites de la literatura como ente estético sin que el adjetivo “estético” aparezca. Hay Barthes a través de cuyos usos se muestra la literatura argentina: José Luis de Diego. Nos incluimos en ellos y lo hacemos revivir. Oramos como los auténticos cosmopolitas, sin justificar nuestra intervención en una escena que no nos incluye. Paul de Man, periférico europeo, partitivo y melancólico, se revuelve contra Roland Barthes; nosotros, americanos eufóricos e inclusivos, lo extendemos.

Esas divergencias muestran, sin agotar ninguna, que no hay lectura que no sea, a la vez, una localización y, por encima de cualquier otra cosa, una fecha. En estas dos cuestiones, hay una divergencia: la localización (central o periférica) es una invariante que parece dominar la fecha. Pero la fecha puede relativizar la preeminencia, siempre que se haga visible en nuestra lectura. Por ejemplo, en las traducciones. En esta era de la literatura mundial la traducción es una condición fundamental e histórica de particularización. Sólo se trata de hacerla visible: la preeminencia sucede cuando se advierte que ciertas localizaciones y, sobre todo, ciertas fechas nos obligan a hacernos conscientes de una necesaria duplicidad mientras que otros viven en la inadvertencia feliz de una centralidad apacible. No hay una sola salida ante la duplicidad que parece ser nuestro destino. Entre nuestras comunidades latinoamericanas, y especialmente en la argentina, suele insistirse, a partir de la duplicidad, en el carácter paródico o caótico de nuestros asaltos a las tradiciones centrales. Tal vez sea una insistencia excesivamente simplificadora, porque postula que existe efectivamente *una* cronología y que ésta es hegemónica. Es lo que he tratado –invocando a María Rosa Lida, o recordando las traducciones argentinas o españolas de los años sesenta y setenta del siglo XX- de relativizar en esta intervención.

**Bibliografía**

MACKSEY, RICHARD Y EUGENIO DONATO. *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre. Controversia estructuralista*. Barcelona, Barral, 1972.